

lores, aflicciones, y amarguras: confórtate en mi Divinidad, y animate al mayor de tus desamparos, y al *non plus ultra* de tus aflicciones, y desconsuelos. Ya, Madre mia, es llegada la hora, en que me aparte de tula amargura de la muerte que me espera. Ahí os dexo un Hijo, y con él el resto de los predestinados, de quienes desde ahora os habeis de llamar Madre, y ellos uniformemente quiero que sean vuestros hijos, adoptados en la grandeza de los merecimientos de vuestros dolores, y amarguras (a). Haced cuenta que al pie de la Cruz los habeis parido á todos; y así quiero que desde ahora sean vuestros hijos, y que os veneren, y bendigan en todas las generaciones, y que Vos, como su Madre, mireis por ellos, y les asistais como me habeis asistido. Esto puedes así piadosamente entenderlo con los Autores citados. Ausentábasele el Divino Hijo, y para consolarla por el Señor, que era único Hijo, le dexa innumerables; mas aunque eran tantos, con todo no podian suplir la falta de aquel uno que era verdadero Dios. Y ahora considera, como el Discípulo desde aquella hora la recibe en su cariño, como lo dice el Evangelio (b); que es lo mismo, dice San Ambrosio (c), que

(a) Gilibert. apud Delrio, & Rufin. in Genes. cap. 40. & Vig. chor. 7. cap. 146. (b) Joan. 19. 27. (c) Serm. 15. in Psalm. 118.

decir, que la recibió con tanto amor, que ya para él en este mundo no habia otra cosa, ni de que cuidase mas, ni por que mirase, ni que le diese cuidado, ni le llegase las atenciones, sino María santísima nuestra Señora. Todas las cosas del mayor cariño del amado Discípulo eran la Madre del Señor, y fuera de ella nada tenia, ni queria de esta vida; y qué mucho, si teniendo á esta gran Reyna, todo quanto podia tener tenia. Ea, Católico, toda tu honra, tu parentela, tu hacienda, y tus dignidades sean sola esta santísima Señora. En este mundo no tuvo otra cosa nuestro Salvador. ¿Pues por qué buscas tú otra cosa en esta vida? El Señor te la dexó; da de mano al mundo, y dile como el otro á Dios: Dios mio, y todas mis cosas: Madre mia, y todas mis cosas fuera de Dios.

348 Considera la quarta palabra que habló el Señor, que xándose á su Eterno Padre con aquellas lastimosas, y tristísimas voces: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado? ¿O qué tribulacion, y qué desamparo tan grande que hace dar voces de dolor al Hijo de Dios! ¿Qué ha habido de nuevo ahora? ¿Qué ocasion de mayor dolor, y sentimiento para este divino Señor que

que hasta aquí calla, y ahora se queixa con tanta pena? En la consideracion de arriba tienes la razon. Despidióse de su Madre santísima, y la entregó al Discípulo: y como con esta despedida creció la amargura de la Madre sacratísima, considerándose ya en la soledad de su santísimo Hijo, y esta misma soledad acrecentó la pena del desamparo en aquel divino Señor, empezó á clamar á su Padre con la pena incomparable de su desconsuelo. Así parece que se lo dió á entender nuestra Señora á Santa Brígida (a) con estas palabras: "Estando mi Hijo en la Cruz clavado, y todo ensangrentado, compadecido de las amarguras en que vió á mi alma, volviendo al Discípulo los ojos llenos de sangre, me le encomendó; y en aquel mismo punto, oyendo sus palabras, oí tambien á otros que decian que mi Hijo era un ladrón: otros que era un embustero; y otros que ninguno mejor que él merecía la muerte; y con esto creció en grande manera mi amargura, y estaba tal, que apenas me podia tener en pie. Entonces mi Hijo santísimo con voz lamentable, y triste clamó á su Eterno Padre diciendo: Padre, ¿por qué me has desamparado? Como si dixera: Padre mio, solo estoy,

ninguno hay que de mí se com-padezca, sino tú, que eres mi Padre. Y yo entonces levantando la vista ví sus ojos mortales, las mexillas hundidas, el rostro denegrido, su boca abierta, y la lengua toda ensangrentada, su vientre tan pegado á las costillas, que no parecia que tenía entrañas, y todo el cuerpo cubierto de una palidez mortal, y tan estirado, que parecia se le arrancaba el alma." Hasta aquí nuestra Señora á Santa Brígida. Mira, alma, qué desamparo tan terrible seria el que le puso de la manera que aquí ves, y esto así que se despidió de su Madre. Piensa tú ahora que el Señor te dice que jamas te despidas de esta Señora ni en vida, ni en muerte; porque si al Señor, una vez que se despidió, le costó tan caro, que clama como desamparado: ¿qué será de tí, pecador miserable, si te despides, y apartas de esta celestial Señora?

349 Considera en la quinta palabra que habló el Señor: Sed tengo, dixo su Divina Magestad. Considera lo primero en que el Señor tenia gran sed natural: lo uno por la falta de sangre, y humores, porque estaba todo desangrado, y exhaustas las venas; y lo otro por la calentura mortal que padecia, pues estaba ya para morir; y tambien porque la

(a) Lib. 1. de Revel. cap. 10.

grandeza de los tormentos, y dolores excitaban grandemente la sed, y todo esto junto con los martirios de toda la noche, y el día, y el no haber tomado nada desde la Cena, ni bebido cosa alguna, le tenia asadas las entrañas, como dice S. Cirilo (a). Y Tertuliano dice (b), que el Señor tenia toda la lengua rajada en aberturas, y tan secas las fauces, que se le habian pegado una con otra de tal forma, que no podía respirar: y así reveló á nuestro Padre Santo Domingo nuestra Señora, que aquella palabra la dixo el Señor con voz ronca, y grandemente turbada. Oyeron, en fin, la voz los Ministros, y le dieron de beber. ¿Pero qué bebida? De vinagre, dixo S. Juan (c): de vino mezclado con hiel, dixo San Mateo (d); y San Marcos dixo (e) que mezclado con mirra. Mira qué pócima, Christiano, le dan al Señor: hiel, y vinagre, y mirra le dan á beber á nuestro Redentor para atormentarle las entrañas, donde no habian podido llegar con los tormentos. Y para que mejor entendas esta crueldad, adviérte lo que dice Nicolao de Lyra (f): Era costumbre en aquella Ciudad darles á beber á todos los condenados á muerte un vino aromático muy generoso, para que se es-

forzasen con aquello á los tormentos, y bebiendo mucho sintiesen menos; y en Jerusalem habia muchas piadosas matronas que componian estas bebidas, y para nuestro Salvador hicieron una muy primorosa, y de gran costo; pero los Judíos perversos, y malditos se la tomaron para sí, y se la bebieron, diciendo, que una cosa tan buena no se le habia de dar al peor hombre del mundo: que le diesen la hiel, y vinagre, y mas que reventase con ella. Hasta aquí Lyra. Mira por aquí, Christiano, la crueldad de esta maldita gente, y el odio tan terrible que tenian contra el Señor, pues una humanidad como aquella, que se usaba con los ladrones, y facinerosos, no quisieron que se usase con nuestro Salvador: tan lexos estaban de tenerle lástima, aun viéndolo á sus ojos tan afligido. Conoce por aquí quán sin piedad lo trataron quando lo tuvieron entre sus manos. Quien no se aplacó con el espectáculo de la cruz, ¿cómo se templaria con los demas tormentos? Considera lo segundo, que el Señor sabia muy bien la bebida que le habian de dar, y que no habia de ser la buena; porque esa la habian de tomar ellos para sí, sino la mala, porque así estaba profetizado (g), y con todo

eso

(a) L. 3. cap. 35. (b) Tert. l. 4. cap. 92. (c) 19. 28. (d) 27. 34. (e) 15. 23. (f) In cap. 27. Matth. (g) Psalm. 68. 22.

eso pide de beber. Tres razones te pondré aquí, que te pueden servir de tres consideraciones. La primera la dice el Evangelio, que era la última de las profecías, á las cuales habia de dar cumplimiento; porque así se lo habia mandado su Eterno Padre. Mira la obediencia de este Divino Señor, y como hace la voluntad de su Padre hasta la muerte; y no porque fuese tan mala la bebida, rehusa el tomarla; que en las amarguras se conoce la obediencia. Mira también la disposicion de su Padre Eterno, que para aquel último trance le guardó las mayores amarguras. En el pozo de Samaria tuvo sed, y en otras muchas la tuvo, y pudo entonces, que no era tanta pena, gustar la hiel, y vinagre, y no quiso; porque estaba reservada para aumentar sus tormentos, para que por todos modos fuese su muerte amarguísima. Anímate, pues, que por mucho que padezcas en esta vida, á lo último te aguardan las mayores amarguras. La segunda razon por que dixo el Señor que tenia sed, era por la sed de las almas, su conversion, y salvacion, y muy en especial por la de sus enemigos. Dixéronlo así S. Agustín (a), y Drogon (b), que esta sed le atormentaba mas que los clavos, y la cruz, y de ella se

queixa, y les pide que se la apaguen, convirtiéndose á su amor santísimo. ¡O entrañas de infinita piedad! No procedía esta sed de la calentura mortal, ni de la falta de la sangre, dixo San Lorenzo Justiniano (c), sino del ardor del amor, y caridad, que se abrasaba el alma; mas sed tenia de la salvacion de los pecadores, que de la bebida corporal. No se queja de los clavos, de la Cruz, ni de sus injurias, y afrentas, y se queja de la sed de las almas. ¿Y qué le dan las almas? Con qué se la apagan? Con hiel, y vinagre. La mejor bebida se la beben los hombres, y le dan al Señor las hieles. ¿Vino aromático quereis, que es verdadero amor? Sí, porque la sed de amor no se apaga sino con el amor de la cosa que se ama. Mas, ¡ó crueldad impía de los malos! ¿Amor es el que quereis? Ese (dicen ellos) es para nosotros, tomad vos esas hieles. ¡O Católico! No uses esta crueldad con un Señor tan bueno, que por tí se muere de amor. La tercera razon fué el querer el Señor poner el colmo á las penas, y tormentos. Sola la lengua, y las fauces sacratísimas no habian experimentado particular tormento; y porque no haya miembro de su cuerpo que no padezca la viveza de los dolores, por eso pide aquella be-

bi-

(a) Palm. 71. (b) Test. de Sac. Pas. (c) Lib. de Age cap. 19.

bida, para que siendo tan agria, y amarga, bañando las rajaduras de la lengua, y fauces, las atormentando con vivo dolor, y aun por eso no la bebió, sino la gustó: la gustó, para que le atormentase la boca; y no la bebió, porque no le abreviase la vida; porque como dicen Teofilacto, y Cayetano (a), se la dieron para que le sofocasen el corazon, y las entrañas, y acabase presto con la vida; porque como ya era cerca de las tres de la tarde, querian irse á comer: y lo otro, porque como les pareció que llamaba á Elías para que le librase, temiéndose no viniese antes que muriese, le quisieron con esto despachar presto; mas el Señor, que con quanto habia padecido, aun no se le habia apagado la sed de padecer, como dice Ludovico Blosio (b), por eso no la bebió, para que mas se prolongase el martirio. Mira qué amor, pues tanta inmensidad de penas no pudieron entibiárla. Aprende á amar de veras, y acuérdate de qué poco has de menester tú para faltar á los exércicios de la oracion, y virtudes, y avergüénzate de que por un dolorcito de cabeza, ó por una chanza, ó un

350 Considera la sexta, y séptima palabra que dixo el Se-

ñor así que acabó de tomar el vinagre: Ya está todo cumplido, y consumado; esto es, ya están cumplidas las profecías, y quanto de mí estaba escrito, y mandado por mi Padre que lo cumpliera: ya está el mundo remediado: ya dexo exemplos, y doctrina, y Sacramentos en mi Iglesia, y quanto necesitan los hombres para curar las dolencias de sus achaques: ya está cerrada la fábrica de la reparacion humana, y puesta la piedra angular en el remate del edificio: ya está satisfecha la justicia de mi Padre por la humana deuda: asentada la paz entre Dios, y los hombres, vencido el demonio, conquistado el mundo, y puesto en libertad el hombre: ya no falta cosa por hacer de quantas me encargó mi Padre; solo falta el entregar mi alma en sus manos. Y así exclamó diciendo en voz alta, y clara, para que todos supiesen que hasta entonces se confesaba Hijo de Dios: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y otra letra dice: Padre, en la omnipotencia, y suma providencia de tu infinita bondad pongo mi espíritu; como quien dice: Todo lo que me habeis mandado hacer tengo hecho; ahora á vuestra providencia le toca mirar por mí: ahí teneis mi alma pronta á vuestra voluntad, y á vuestra dispo-

(a) In cap. 27. (b) De Pas. cap. 18.

sicion: disponed de ella á vuestro agrado. Si gustais que padezca, hágase vuestro divino gusto: y si gustais que se acabe la vida, recibid en vuestras manos mi alma. Y diciendo esto, inclinó su divina cabeza, y espiró. Aquí tienes en una muchas consideraciones que hacer para que den luz á tu alma: lo primero has de meditar en aquella palabra: Consumado es, y concluido está quanto mi Padre me mandó que obrase. Considera con cuánta gloria dixo el Señor esta palabra. ¿Qué contento está un Artífice quando cierra una insigne fábrica, que le costó grandes desvelos, y cuidados! Con cuánto gozo recibe los parabienes! Pues á este modo puedes tú considerar con cuánta alegría de su corazon diria el Señor aquella palabra: Consumada está ya la obra de la Redencion, que tantos desvelos, fatigas, sudores, trabajos, dolores, y tormentos me ha costado. Con cuánto regocijo de su alma santísima esperaría los parabienes de su eterno Padre, y de todos sus Angeles, y escogidos! Esto excede á toda humana ponderacion. Con este motivo pasa tú á considerar la alegría tan grande de un alma, que llegando á aquel trance último, halla haber cumplido los divinos mandatos, y las obligaciones del estado en que Dios le puso. Así decia San Pablo,

qué ya no le restaba otra cosa que la corona de justicia, que habia de darle el Señor, por haber cumplido perfectamente la legacia de su Apostolado; y concluía, diciendo, que ya el vivir era muerte para él, y el morir logro, y ganancia. Y lo mismo dixeron muchos Santos á la hora de la muerte, por haber cumplido la divina voluntad viviendo. Pero vamos ahora por lo contrario: Qué tal será la congoja del alma, que llegando á la muerte dice: Ya se ha consumado mi pecado, ya concluí el número: hasta aquí llegué pecando, ya se consumó mi malicia. ¡O alma christianá! Tiembla de acabar de pecar muriendo, que no acabarás en toda la eternidad: acaba en vida, den fin tus culpas viviendo. Date priesa á hacer penitencia, para que siquiere en la muerte, ya que no digas, ya acabé de cerrar el edificio de las virtudes; por lo menos digas, ya concluí la penitencia de mis pecados. Mira que ningun pecado dexa Dios pasar, que no castigue su Magestad.

351 Considera lo segundo la misma palabra: Ya se consumó, y se acabó el penar: ya se acabaron los trabajos, las aflicciones, y tormentos: ya todo será gozar: ya no habrá mas hieles, ni amarguras; porque todo eso se acaba muriendo, y despues empezarán las infinitas dulzuras, sua-

suavidades, y eternos gozos. Haz cuenta que eso quiso tambien decir nuestro Señor en aquella palabra. O dicha incomparable del Christiano, que puede decir en aquella hora: ya se acabó para mí el penar; ya dieron fin los trabajos, y amarguras; ya todo será gozar: hasta aquí cargué como mi Señor la cruz, y mi vida fué de cruz, y de trabajos llevados por su amor; ahora dexaré la cruz, y los trabajos, y empezaré á gozar con descanso de su dulce fruto. Pero miserable de aquella alma que en la muerte dice: ya se acabó el gozar: hasta aquí llegaron los deleytes, los gozos, y contentos; ahora empezarán las penas, las amarguras, y tormentos. ¡O qué triste, y desventurado fin! Abre, pues, los ojos, Christiano: acábense para tí los deleytes, empiecen los trabajos, las mortificaciones, y las aflicciones, para que en la muerte digas, que ya se acabó para tí el penar: mira que no hay dos Glorias, ni dos Infernos. Si padeces en el mundo por Dios, y por la virtud, tu padecer se acabó en la muerte: si te gozas en el mundo por dar gusto á tu carne, tu gozo se acabó en la muerte, y en ella empezará tu pena, y pena eterna. Considera lo tercero aquella confianza con que el Señor entregó su alma al Eterno Padre; como si dixera: Ya cumplí en todo vues-

tra divina voluntad, Padre mio; y así recibid ahora el alma en vuestras manos: cuidad de ella, como ella cuidó de obedecer vuestros mandatos. Esta confianza no la puede tener el que no quiso hacer la voluntad divina. ¿Cómo, ó con qué corazon dirá el malo: Recibid, Señor, mi alma en vuestras manos, si viviendo, anduvo siempre en las del demonio? ¿Cómo le dirá: Señor, cuidad de mi alma, si él no ha cuidado de servir, y de agradar á este Señor? Anda, pues, tú ahora con cuidado en la divina presencia, sin faltar á su santísima voluntad; que con eso no te faltará su mano, que te tenga en la muerte, para que no caygas en los abismos. Considera lo quarto como el Señor inclinó su santísima cabeza, y luego espiró; al contrario de los demas hombres, que ellos primero mueren, y luego inclinan la cabeza. No así nuestro Salvador, que antes de morir inclina él mismo su cabeza; y este misterio fué por nosotros, dice Hugo Cardinal. Como su divina Magestad dió aquella voz tan fuerte al tiempo que queria morir, cosa que naturalmente es imposible: con ella se estremecieron los demonios, y los hombres empezaron á temer; porque les parecia, que solo siendo el Señor Hijo de Dios, podia clamar de aquella manera al morir: y cono-

no-

nociendo el Señor su temor, para que no desesperasen, baxó su cabeza á la Madre santísima, como diciendo á los pecadores: Confiad en mi misericordia: ahí os dexo á mi Madre, pedid por ella el perdon, y la misericordia, que la alcanzaréis. ¡Mira qué mayor muestra de amor! No solo no va enojado contra nosotros, que tan mal lo hemos tratado, sino que deseoso de hacernos bien, nos dice que empecemos á su Madre; como quien dice: Ya sabeis que á mi Madre no la tengo de negar cosa que me pida; y así valeos de ella, empeñadla, para que me pida por vosotros, que con eso alcanzaréis quanto quisieris. Ahora solo falta el preguntar: Si acaso nuestra Señora se querrá empeñar por unas cosas tan malas, por unas almas, que con sus culpas concurren á darle á su santísimo Hijo la muerte? Mas ¡ó madre de piedad, y misericordia! Empeñase su Magestad, sin que nosotros se lo pidamos; ¿y no lo habia de hacer rogándose? Eso no cabe en su corazon.

352 Considera lo quinto en la agonía con que el Señor murió, y en la amargura con que su Madre María Santísima le vió morir; pero porque lo uno, y lo otro excede incomparablemente á la capacidad humana, y á la de los Angeles, solo te pondré aquí

lo que acerca de esto reveló nuestra Señora á Santa Brígida, con sus mismas palabras: " Era mi Hijo de milagrosa complexion, y así batallaba en él la muerte con la vida. Subía el dolor de los pies, y manos clavadas, de la cabeza traspasada, y de los nervios, y venas rotas al corazon tiernísimo, y lo atormentaban con increíble angustia. Resistía la valentía del corazon la violencia del dolor, y así volvía á difundirse por los miembros, y se prolongaba la muerte con indecible amargura. Estando en esta batalla de infinitas agonías, volvió á mí la vista; y conociendo la grandeza del tormento, que padecía mi alma, fué tanta la amargura, y tribulacion de su amabilísimo corazon, que rendido á la increíble angustia de la muerte, segun la humanidad, clamó á su Eterno Padre, diciendo: Padre, en tus manos encomiando mi espíritu." Para que conozcas, Christiano, que la afliccion, amargura, y dolor de María Santísima llenó de tanta compasion el piadosísimo corazon de su divino Hijo, que le quitó la vida. Prosigue nuestra Señora, y dice: " Como yo la mas triste, y affigida de todas las criaturas oyese el clamor de mi Hijo, y conociese que era señal de su muerte, tu-

ve

„ve tanta tristeza , y dolor en
 „mi alma, y cuerpo, que empe-
 „cé á temblar con tanta fuerza,
 „que las entrañas se me estre-
 „mecian; y todos los miembros
 „y huesos de mi cuerpo tem-
 „blando se daban unos con
 „otros, con tanto pavor y es-
 „panto, con tan amargo do-
 „lor de mi corazon , que fal-
 „tan palabras para explicarlo.
 „Volví á mi Hijo santísimo la
 „vista, y conocí, que su cora-
 „zon se le partía por medio de
 „dolor. Ví, que todos los miem-
 „bros de su divino cuerpo hor-
 „rorosamente se estremecian, y
 „temblaban. Ví, que levantó
 „un poco su santísima cabeza,
 „y luego la inclinaba á mí su
 „afligida, y dolorosa Madre.
 „Ví, que la boca se le abría,
 „que la lengua se divisaba to-
 „da cubierta de sangre helada.
 „Ví, que sus manos sacratísi-
 „mas se retiraron un poco de los
 „clavos, y se alargaron las heri-
 „das, y todo el peso del cuerpo
 „se dexaba venir sobre los divi-
 „nos pies. Ví, que los dedos de
 „las manos, y los brazos se esti-
 „raban, y ponian yertos: las es-
 „paldas se apretaban fuertemen-
 „te contra la Cruz; y entonces
 „expiró con inefables angustias,
 „y amarguras la vida de mi alma,
 „mi Jesus. „ Hasta aquí Santa
 „Brígida. ¡Mira, Christiano, qué
 „muerte tan dolorosa! ¡Mira qué
 „amargura la del corazon de una

Madre, que miraba todo esto, y
 le amaba mas que todos los Sera-
 fines! ¿Cómo no se quedó muer-
 ta con el Hijo muerto? ¿Quién
 la confortó? La Omnipotencia
 de Dios con poderoso milagro.

353 Considera las señales
 que sucedieron en la muerte del
 Señor: el Sol se obscureció: el
 velo del Templo se rasgó de ar-
 riba abaxo: la tierra tembló, y
 las piedras se hacian pedazos: los
 sepulcros se abrieron, y muchos
 cuerpos de Santos resucitaron, to-
 do en testimonio del sentimiento
 universal que hacian las criaturas
 por la muerte de su Criador. El
 Sol se obscureció, y el velo del
 Templo se rasgó de sentimiento
 por las blasfemias que se decian
 contra el Señor, imitando la ce-
 remonia de los Judíos que en
 oyendo alguna blasfemia rom-
 pian los vestidos. La tierra se es-
 tremeció, no pudiendo sufrir so-
 bre sí los patricidas, impíos, y
 crueles perseguidores del Señor.
 Las piedras se hicieron pedazos,
 y los monumentos se abrieron pa-
 ra dar testimonio de que el que
 moría era el Señor de la vida, y
 de la muerte: y así todas las cria-
 turas insensibles mostraron sen-
 timiento en la sagrada Pasion, y
 Muerte del Señor, y las sensi-
 bles no sé si las sienten. ¡O cle-
 mentísima Madre de misericor-
 dia! Doleos de nuestra insensi-
 ble dureza, y de la ceguedad
 miserable de nuestras almas; pues

á vista de un tan doloroso es-
 pectáculo se quedan muy sere-
 nas nuestras almas, duros, y
 empedernidos nuestros corazo-
 nes, frias, y heladas nuestras
 voluntades.

354 Considera como habien-
 do los Judíos crucificado al Se-
 ñor, no teniendo que hacer, ni
 sabiendo como le atormentasen
 mas, discurrieron el hacerle pe-
 dazos las piernas, porque aún
 no estaba satisfecha su crueldad
 con quanto habian hecho: así
 lo contempla San Hilario. Y co-
 mo ya no tenian autoridad so-
 bre el Señor ya crucificado, con
 el pretexto de Religion pidie-
 ron á Pilato licencia, y vinieron
 muy determinados á hacer esta
 carnicería en el Señor: pero co-
 mo le hallaron muerto, viendo
 frustrada su rabia cruel, uno de
 los Soldados, porque no se di-
 xese habia venido en vano, le
 atravesó el costado santísimo con
 una lanza, y con ella le partió
 en dos partes el corazon, y sa-
 lió de la herida sangre, y agua.
 Considera aquí lo primero el odio
 tan grande de aquella gente al
 Señor, como ya queda apuntado;
 y que sus crueles corazones no es-
 taban contentos con tantos males
 como le habian hecho, y quieren
 de nuevo hacerle pedazos las
 piernas, que era lo que podian al-
 canzar á herir desde el suelo; que
 si le pudieran alcanzar todo el
 cuerpo, tambien hubieran procu-

rado la licencia para hacerle to-
 do pedazos, y quebrantarle to-
 dos sus huesos. Y advierte que
 este rencor no era de entonces,
 sino de mucho tiempo antes, y lo
 sufrió, y toleró el Señor toda su
 vida con infinita paciencia hasta
 morir, sin haberles jamas hecho
 mal ni con sola una palabra.
 Aprende tú á sufrir, y tolerar
 los que mal te quisieren.

355 Considera como pesaro-
 sos los Judíos de que ya hubiese
 muerto el Señor, quando llega-
 ron, por habérseles frustrado su
 cruel intento, un Soldado de
 aquellos, por complacerles, le
 atravesó el divino costado, y le
 partió el corazon con aquella lan-
 za, que llama cruel nuestra Ma-
 dre la Iglesia. ¿Y qué mayor
 crueldad que no perdonarle aun
 despues de muerto, y muerto con
 tantos, y tan atroces tormentos?
 ¿Qué mayor crueldad que ver á la
 sacratísima Reyna de los Angeles,
 su santísima Madre, mas muerta
 que viva, junto al Hijo difunto, y
 atravesárselo muerto, sin atender
 al dolor que habia de sentir en su
 alma esta Señora? ¿Qué mayor
 crueldad que afligir aquel mansí-
 simo corazon, que habiendo visto
 los estragos que habian hecho en
 su Hijo santísimo, no les habia
 dicho una mala palabra, ni se ha-
 bia quejado de ellos: que como
 Madre, y Madre que tanto ama-
 ba, no fuera mucho que tal vez
 se hubiera quejado de tan cruel

gente? Verla ahora allí en su soledad llena de infinita amargura por la muerte de su Hijo; y llegar en su presencia, y á su vista á lancearlo: ¡qué dolor! qué crueldad tan impía! O Madre santísima! Quién puede aquí ponderar vuestro sentimiento! Fué tan grande, que reveló esta Señora á Santa Brígida, que quando vió entrar la lanza por el divino costado de su Hijo, le parecía que la herida se la daban en su mismo corazon, y que lo pasaban de banda á banda. No seas cruel para tu Dios, despues de haber muerto por tí, no le des mas lanzadas con tus culpas. No aflijas mas á su Madre santísima: harto la afligieron en aquel tiempo tus culpas, que andaban allí entre las demas ofensas del Linage humano, martirizándole á su Hijo: no se lo ofendas mas, ni le des nueva ocasion de pena; porque si yo fuera capaz de ella, la tuviera excesiva de ver que los Christianos, que tanto le deben á su santísimo Hijo, le sean tan ingratos, y especialmente estando esta piadosísima Reyna continuamente rogando por nosotros, y nosotros á ese mismo tiempo le estamos tirando lanzadas de ofensas. ¡Mira qué sentimiento para quien con ansias mas que de Madre solicita nuestro bien! ¡Qué mayor ceguiedad que irritar por instantes al Señor, quando por instantes sabemos,

que nos lo está aplacando! Ciego estaba aquel Soldado en el alma por sus culpas, y en el cuerpo, porque le faltaba de un ojo la vista, y con estas dos cegueras se dice cruel, y falto de piedad, porque demas de lo dicho, estaba prendado con la túnica inconsutil, prenda del Hijo, y de la Madre, que (como dice Drogon) le tocó en suerte; y si por sola esta prenda es impío, y cruel, dándole una lanzada al Señor despues de haber muerto, y en presencia de su Madre; ¿qué crueldad es la nuestra teniendo tantas prendas de amor, así del Hijo, como de la Madre, que eran bastantes á obligar al demonio mismo, y le tiramos, no una, sino muchas lanzadas cada dia; y esto teniendo vista, así en los ojos del alma, como en los del cuerpo?

356 Considera otrosí, que aunque esta lanzada se dió al Señor por el odio de aquella gente, con todo fué dada por disposicion del inefable amor de la divina Magestad, que en testimonio de que con su muerte nos habia abierto las puertas del Cielo, quiso abrirnos aquella en su costado, para que entremos, no por otra parte, que por su mismo pecho amoroso, dixo San Agustin; y por eso dice el Evangelio, no que *hirieron* su costado, sino que se lo *abrieron*, que

es

es propio de puerta, y ventana: ya estaban abiertas quatro ventanas grandes, y otras muchas en aquel divino Templo: faltaba la puerta; y esa es la que abrió la lanza. Ea, pues, alma, ya tienes abierto el camino, y señalado con la sangre de aquellos pies divinos: ya tienes abierta la puerta, y tan abierta, que jamas se cerrará á ninguno que quiera entrar; que por eso está abierta en el pecho amoroso, que no sabe cerrar las puertas, ni aun á sus enemigos. Ea, éntrate en la puerta, éntrate en la cueba de la tierra, que te lo dice, y aconseja el Espíritu Santo: Piedra es Christo: tierra benditísima es aquel divino Cuerpo, dixo Guerrico. ¿Temes el rigor de la divina Justicia? Huye á los agujeros de la piedra, escóndete en aquella fosa profunda de su costado, métete en aquel divino corazon, huye de Dios divino á Dios humano, de Dios Juez á Dios misericordioso: abiertas tienes las ventanas: patente está la puerta: considera, y mira que por ella sale sangre, y agua, para que te laves, y con el agua te pongas blanco, y con la sangre rojo. Es cándido, y rubicundo el Esposo, y cándidas, y rubicundas quiere que sean las almas: blancas por la pureza, y rubias por el amor. Lávate, pues, en aquella agua que sale, que representa

la confesion; porque allá dentro no se consiente cosa manchada. Báñate en la sangre, que es el Sacramento de amor; porque está en el pecho la puerta por donde solo entra el amor; y así, ámate con esta consideracion, y entra por el agua, y por la sangre, y mira no te tienta el maligno con decir que puedes entrar sin tocar la sangre, y agua; que aunque está abierta la puerta, solo está para las almas penitentes, y amantes, y no es esto impedir la entrada, sino facilitarla.

357 Considera otro altísimo misterio que obró el divino amor, mediante la crueldad de sus enemigos. Formó el Señor del costado de Adan dormido á su esposa Eva: durmió el segundo Adan el sueño de la muerte; y entonces llega el amor, y abre el divino costado, para formar, y reformar la Esposa, que es la Santa Iglesia; y así se vió luego salir á un tiempo sangre, y agua: el agua, dixo S. Cipriano, que es el Pueblo Católico, y la sangre Christo: ábrese el costado, y aparece la sangre unida con el agua, Christo con las almas, el Esposo con la Esposa. ¡O grandeza de infinito amor! Llagado estaba aquel divino corazon con el amor del alma su Esposa, y aun le parecia que no le habia manifestado bien su amor con tantas llagas, y heridas como habia abierto en

Dd si;